

BOCETOS FEMENINOS

Por

Tao-Lao

LAS PROFESORAS

—¿Qué es usted, linda señorita, vestida con un traje de sarga marrón, zapatitos y medias de igual color, piel levantada hasta la discreta nariz, sombrero hundido hasta los rosados apéndices laterales (orejas), bundosas patillas de un brillante cabello a! oro que hubiera hecho decir de nuevo a un poeta tropical:

¡Cuánto oro! ¡cuánto oro!...

Habría lo suficiente

Para ir a Europa y volver!...

—¿Qué es usted, repito, señorita?

—Profesora.

—Y usted, la del mignon sombrero solferino, menudo busto, escasa pollera, elevados tacos, rizos sueltos y graciosa chaqueta?

—Profesora.

—Y usted, que carga los zapatos de aquella, los rizos de ésta y la llamativa bufanda de cualquier otra ¿qué es usted?

—Profesora.

Y caímos en cuenta de la abundancia.

Una chapita

La emancipación femenina de la monotonía del hogar en busca de nuevos campos para su actividad—según la frase en boga—ha tenido con gran frecuencia, como símbolo codiciado, una chapita.

Esta chapita no es invención femenina.

La introdujo al país por masculino, y acaso político conducto, una democracia pequeñita que substituyó el escudo por la chapa. La gente ha necesitado siempre «algo» que la acompañe desde las paredes de su casa; y es claro, los ídolos sufren la suerte y la decadencia de los hombres.

¿No es así, pequeñita del sombrero solferino?



HUELLAS FEMINISTAS

Las profesoras

Así como las chapas masculinas vienen sufriendo desde hace algunos años una pequeña alteración de buen gusto (se habrá observado que de la inscripción «boticario» se pasó a la de «farmacéutico» y de la de «farmacéutico» a «químico-farmacéutico» y de la de «químico-farmacéutico» a «doctor en química», última etapa), las chicas resolvieron ascender también de condición, empezando por adquirir la chapa.

Y allí estaban como llovidos del cielo los conservatorios e institutos que fueron tomados por asalto.

Y hubo profesoras de canto, de solfeo, de piano, de violín, de dibujo, de repujado, de declamación, de corte y confección, etc.

Un aparte

Las profesoras de corte y confección nos merecen un aparte, pues ellas, de un solo golpe, han conseguido el título, la chapa y su aristocratizada inscripción.

Antes, cuando se quería entrar en relaciones comerciales con personas femeninas que cortaban y cosían, se buscaba por las calles unos figurines pegados detrás de un vidrio, cosa ésta que delataba a la modista.

Esta modista no tenía más que una casera ciencia, casi hereditaria, y cortaba moldes y medía las distancias de los alforzones con cartoncitos.

El corte y confección, que es más distinguido, suprimió los figurines delatores, los moldes y los cartoncitos, empleando, en cambio, el centímetro, que es científico y matemático, y cuya sabia aplicación conduce al corte sin moldes, punto culminante de la ciencia de la costura.

Y esto que se llama la intelectualización de un oficio, ha suprimido de muchos hogares aquel pequeño lunar social que era la modista, para reemplazarlo por una chapita que lustra, limpia y da esplendor.

Los ceros

Un poeta europeo que anduvo por estas tierras, con menos suerte de la que pedía, dijo que el país, en manifestaciones artísticas, era la unidad seguida de ceros.

A buen seguro que si el matemático poeta hace una incursión por las fábricas de profesoras se traga con gesto bilioso la unidad, y deja a los ceros, huérfanos, apretaditos unos contra otros.

No haré yo tanto. Si el poeta me lo permite, en vez de suprimirla, multiplicaré la unidad, y para quedar bien con él, pues las cóleras celestes son peligrosas, no suprimiré, eso sí, una respetable cantidad de ceros.

Porque verdad es que la aspirante a profesora paga en su instituto una cantidad mensual y la selección, entonces, huelga; como también es verdad que los exámenes están gravados con derechos y conviene que el mayor número se examine y apruebe; como también es verdad que el diploma final cuesta una sumita saludable al instituto. Pero este sacrificio está dulcificado por las medallas, sobresalientes y citaciones especiales con que vuelve a su casa cargada la profesora.

Esto, sin embargo, no debiera llamarnos la atención.

¿Lo que ocurre en los institutos pagos no es, más o menos, lo que que ocurre en los oficiales?

¿Acaso la consigna no es pasar, diplomar, hacer número?

¿Quién ha imitado a quién?

En la duda, y si me apuran mucho, va a cargar con todo el clima.

Punto

Señoritas profesoras, bellas y gentiles señoritas profesoras: todo lo dicho es elogio.

Si las liberto a ustedes, mediante un sonriente permiso, de la chapa, una cosa pesada; de los diplomas, medallas y sobresalientes, varias cosas pesadas, y me quedo con ustedes en esencia: pianistas, violinistas, recitadoras, concertistas, solfeístas, etcétera, todo ello substancia espiritual bien o mal despertada, pero despertada al fin, las prefiero a cuando empleaban aquel tiempo de estudio, que las ha provisto de defensa económica, en jugar con las tijeritas de oro, mirando lánguidamente por el balcón... el horizonte, sin duda.

